

SPLOSH TS

Editores propietarios:

Empresa "ZIG-ZAG"

Año II Núm. 56
Santiago de Chile,
4 de abril de 1924



El popular Froilán Rojas.

PRECIO: 50 CENTAVOS.

Hacia la verdadera democracia - La obra del deporte

En este país, donde tanto se habla del egoísmo de los adinerados, están sucediendo hechos que llaman poderosamente la atención, y estos hechos están dentro del deporte, que en Chile tiene muy destacados cultores.

En los últimos días, las Asociaciones y colectividades que tienen a su cargo la selección de los atletas que se enviarán a los Juegos Olímpicos de París, han declarado, muy bellamente, que se enviarán al que tenga méritos, de cualquiera situación de fortuna o de cultura que sea.

Se seleccionará a los hombres que puedan representar a nuestra raza, los hombres exponentes de nuestra virilidad, se les seleccionará sin tomar en cuenta sino un factor: la competencia.

Nos parece que esta determinación que da chance a todos los chilenos, debe ser recibida con el aplauso que merece. Es necesario que no oigamos más esas frases envenenadas y que rebajen tanto nuestro nivel moral: "Lo mandaron porque era rico", o "Le pagó (al competidor) porque se dejara vencer".

Es necesario que el desprecio, el ansia impotente calen luche cada uno a la medida de sus fuerzas; todos tienen abiertas las puertas del porvenir. Los más oscuros, los más desamparados, si tienen aptitudes y quieren luchar podrán alcanzar el laurel olímpico y salir de la situación desmoralizada en que se encuentran.

La vida ofrece a los sanos de cuerpo, a los hombres de acción, nuevos derroteros; el deporte es una escuela de sabias enseñanzas; en él se adquiere el don de gentes, la fortuna, y se pueden alcanzar puestos de responsabilidad junto a la casta que se dice acaparadora de todo.

Verdad es que tenemos pruebas de hermetismo feo y desgraciado; pero no lo es menos que esos hermetismos, que esos recelos van desapareciendo gradualmente. Hoy, ningún privilegio de la fortuna o del aboleo desdén confunde, cambiar ideas, unirse en la prosecución de algún bello ideal con el hombre del pueblo, siempre que éste tenga los méritos suficientes dentro de su moralidad y aspiraciones.

Quintán Romero y Vicentini, por ejemplo, que han traído aquí la vibración de sus actuaciones en el extranjero, han movido todas las palpitaciones de todos los corazones burgueses y populares.

Tanto la muchacha que vende el periódico o la que hace milagros con la aguja, o la deli-

cada niña "bien", se han angustiado pensando en una derrota de los campeones, han discurrido y deseado con ansias su éxito, y ninguno les han restado su aplauso.

Pero hay un error que antes hemos combatido desde la tribuna y que hoy tocamos desde este artículo: el profesionalismo en el deporte.

El profesionalismo determina un deseno en el alma del deporte, lo estagna y lo mercantiliza. Hemos visto organizar torneos donde se ha apostado a los atletas como a los caballos y donde, tal vez, se ha especulado en otra forma.

No es esa la aspiración que sostenemos; nosotros deseamos que cada habitante de Chile sea un cultor del deporte, que no haya un niño ni un hombre en la República que no sea apto para correr, saltar, nadar; que no haya nadie que no sepa gimnasia, que no haya nadie que ande arrastrando su vida; queremos que el deporte acabe con la maldición del quietismo indio que hemos heredado, y haga florecer cuerpos y almas en un alba de regeneración física, que haga de Chile una nueva Esparta.

El deporte aleja de los vicios; los vicios son degenerativos y nadie que se dedique a la cultura física querrá que la orgía de una noche mate los desvelos de años de paciente perfeccionamiento.

Nosotros reprobamos el estado actual del trabajador que gana menos de lo que debe, combatimos al especulador, nos molesta la explotación del hombre por el hombre; pero también despreciamos profundamente a los que aspiran a ganar más para alcanzar mayor cantidad de vicio o para dar más tiempo al quietismo racial.

Despreciamos a los racimos que tienen la sola aspiración de llenar el vientre y de llegar cuanto más antes a la dictadura del proletariado. Nosotros no tenemos idea de ninguna dictadura, no luchamos por odio, luchamos por el perfeccionamiento; sólo reconocemos una casta: la humana; y tanto nos duele el vagabundo hambriento que roba para vivir, como el aristócrata calavera que ha dejado en una casa de amor, energías que no le pertenecen. Nadie tiene derecho a vivir una vida degradante ni tampoco a encastillarse en egoísmos odiosos, cualquiera que sean las causas generatrices.

Vemos que el deporte lleva hacia un fin: salvar, hacer florecer, como decíamos antes, la raza. Es necesario que nuestro país llegue a ser un jardín de vidas útiles, que los hombres

comprendan que la igualdad es indigna si no es merecida.

¿Cómo va a tener derecho a dictar leyes un perezoso, un iluso o un vicioso?

¿Cómo vamos a soportar que un individuo que desconozca los números haga una cátedra de matemáticas?

Y aquí abriremos de nuevo la cuestión profesionalismo, que es una verdadera plaga.

Sobrogamos que A, B, C, D, E y F, son obreros y empleados y que otros mil más, útiles a la colectividad, dentro de sus respectivas actividades, un buen día en una selección deportiva salen distinguidos. ¿Deberán dejar por esas razones, el puesto que ocupan para tratar de vivir del deporte? ¿Tendrán derecho a dejar sus labores y a producir el desequilibrio social, restando sus fuerzas al trabajo útil y dignificador?

No tienen derecho; no se debe ir al profesionalismo; el profesionalismo aumenta los esfuerzos que si no emplean sus fuerzas en pro del progreso colectivo, resultan tan repulsivos como los vagabundos.

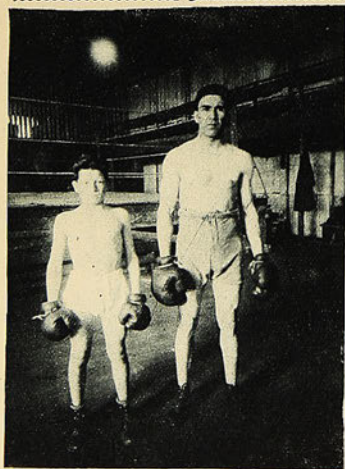
Tenemos el ejemplo a la vista en los centros de box que tanto se han multiplicado en desmedro de la estética, en primer lugar. Ahora muy poca gente en Santiago deja de tener cruces achatabientos en ciertos relieves de la cara... En segundo lugar, hay muchos muchachos fuertes, alegres, que cultivan el box y que saben que jamás llegarán a ser campeones; sin embargo, han dejado de trabajar y se han dedicado a organizar peleas para medio vivir, o a hacer ciertas acciones que chocan dentro del verdadero deporte.

Justificamos que haya muchos que quieran ser estrellas del boxeo: es un oficio que da mucho dinero; pero reprobamos que los que no llegarán a ser campeones, que lo son más del 99%, se dediquen a vivir de un dudoso profesionalismo. A esos hombres que no llegarán a campeones de todos los pesos, o de otras categorías y que son muy fuertes, los reclama la industria, los reclama la vida; nadie tiene conquistado el derecho a la inercia y sus detentores son contrabandistas de la vida.

Nosotros terminaremos preconizando la idea de esas instituciones, de buscar nuevos valores deportivos en todos los habitantes de la República y combatiéremos por todos los medios a nuestro alcance, el profesionalismo, que es una expresión del quietismo y de la vida que podríamos llamar subterránea.

ACEVEDO HERNANDEZ.

Los deportes entre los ferroviarios de Concepción



El más grande y el más chico de los aficionados ferroviarios de Concepción: M. Rabanal y Leopoldo Luceros.



El Directorio de la Asociación Ferroviaria de la 3.a Zona y el profesor de box, señor Ramírez.

Entre los socios infantiles que tiene el gimnasio ferroviario de la 3.a Zona, se destaca la figura del chico Leopoldo Luceros, que sólo tiene 11 años de edad y ya es un verdadero maestro en el arte del boxeo. Ha ganado 6 peleas con decisión; posee tres medallas y un cinturón. Entre sus victorias se cuenta la sobre René Lagos, a quien puso K. O. en la 1.a vuelta.

Es, como se ve, una verdadera esperanza boxeílica.



Don Marco Aurelio Zelada, secretario del Club Deportivo Ferroviario y del "Concepción Rangers".